

EL PERIODISMO ESPAÑOL ANTE LA INTEGRACIÓN EN EUROPA

Carlos Luis Álvarez

Presidente de la Asociación de Periodistas Europeos

¿Cuál es el panorama actual, o más bien, la conciencia con la que debe abordarse las nuevas formas y las nuevas fórmulas a las que estamos abocados, no ya por la integración europea -que es una especie de mutación escenográfica-, en relación a la revolución tecnológica aplicada a los medios de comunicación y que, con nuestra integración en la Europa comunitaria, va a suponer una auténtica explosión para nosotros?

Más que un análisis demorado de las cuestiones de la actitud del profesional ante la integración, es más bien una especie de exposición superficial de los problemas con objeto de adquirir una conciencia respecto a ellos, y en este sentido Jack Delors, presidente de la Comisión de las Comunidades Europeas, me dijo recientemente en una reunión con la Asociación de Periodistas Europeos: «La esperanza reside en nuestra capacidad de unificar criterios, ¿somos los europeos capaces de ello? La demostración no ha sido en absoluto convincente durante estos últimos años» y añadió, «tengo la responsabilidad de provocar las discusiones que puedan hacernos salir, en este terreno, del letargo de Europa». Yo quiero aplicar estas palabras en la medida que sea necesario, al mundo capital de la comunicación y a los periodistas españoles.

El problema es tan complicado y diverso, a caballo de las nuevas tecnologías, que no podrá hacer otra cosa que hilvanar algunas reflexiones, conectadas a lo que se llaman las tres galaxias: la de Gutenberg, la de Marconi y la de Bob Newman, esto es, la de los ordenadores conviviendo en una situación de simbiosis que nos anuncian, no sólo una nueva forma de comunicación, sino una nueva conciencia. Este es el gran debate de Europa, no sólo en el terreno de la comunicación. Esta época vive la tecnología como la máxima condición existencia! no de otro modo que en la Edad Media, si sirviese la tecnología. Hay un reto tecnológico, un desafío una apuesta, y de nuestra actitud frente a ese desafío depende el acceso a la modernidad. Por supuesto, existen resistencias a las nuevas tecnologías.

Es una actitud en principio saludable frente a los grandes problemas de la desacomodación social y psicológica, y no sólo una prueba de conservadurismo retráctil. Siempre, por otra parte, hubo resistencia al progreso: a Westinghouse, por ejemplo, lo rechazó el Almirantazgo cuando se presentó con sus frenos neumáticos con las siguientes palabras: «¿Frenar con aire. pero está Vd. loco?». Del ferrocarril se decía que a 30 Km. por hora, los viajeros echarían sangre por las narices y por las orejas. Ante el invento de la luz de gas. Napoleón dijo: «¿Cómo es posible alumbrar París con humo?». La máquina de escribir fue rechazada en muchos ámbitos sociales de los Estados Unidos porque obligaba a las mecanógrafas, según decían los detractores de este invento, a posturas deshonestas. Sobre el automóvil se ironizó diciendo que un caballo

era mucho más inteligente porque sabía encontrar él solo el camino de vuelta a casa... y así sucesivamente.

No sólo encontramos una resistencia ante la desacomodación, sino también ante las desventajas ciertas de toda tecnología inicial. Las nuevas tecnologías de la comunicación, por ejemplo, imponen y están imponiendo ya una uniformidad excesiva y masiva donde van a perderse sin remedio ciertos aspectos aristocráticos del periodismo. Lo que tanto preocupa a la Academia, la incorrección lingüística y la pérdida de vigor de la lengua, es una de las consecuencias de esa necesidad de uniformidad, más bien de una uniformización que exigen las nuevas tecnologías.

Antes de seguir adelante, convendría echar una ojeada retrospectiva: hay que buscar siempre los orígenes y saber dónde estamos y de dónde venimos.

A principios del siglo XIX las barreras de las clases sociales, de las edades y de los niveles de educación delimitaban, por sí solas las respectivas formas de cultura. La prensa de opinión, o de toma de posición se diferenciaba claramente de la prensa informativa, la prensa burguesa de la prensa popular, la prensa seria de la prensa fácil. La literatura popular se estructuraba entonces, esencialmente, según modelos melodramáticos o rocambolescos, la literatura infantil se dividía en rosa o verde, novelas para niños buenos o para imaginaciones viajeras. El naciente cinematógrafo era un espectáculo de feria.

Pues bien, estas barreras no han sido abolidas aún, se han formado además nuevas estratificaciones. Desde hace 50 años o más se ha desarrollado una prensa femenina e infantil que ha conseguido constituirse en unos públicos específicos. Pero estas nuevas estratificaciones no deben enmascarar el fundamental dinamismo de la cultura de masas cuyos últimos efectos son los que quiero tratar aquí.

A partir de los años 30, primero en los Estados Unidos y después en los países occidentales, emerge un nuevo tipo de prensa, cuyo carácter más propio es dirigirse a todos; cuando nace París Soir, diario que se dirige tanto a los cultos como a los incultos, a los burgueses como a los que pertenecen al pueblo, a los hombres como a las mujeres, a los jóvenes como a los adultos, consigue casi de inmediato la universalidad y la consigue de una manera efectiva. No puede decirse que atrajese a todos los lectores, pero sí a los lectores de todo orden y de toda categoría.

Más significativo aún es el caso de la prensa infantil. La prensa infantil, literalmente creada por la industria cultural que floreció con las creaciones de Disney y con Tintín en Francia, y que llega a su esplendor con los personajes de Mortadelo y Filemón, Carpanta, luego de aquellos otros prehistóricos como Roberto Alcázar y Pedrín, el Guerrero del Antifaz, etc..., se especializó, naturalmente, en contenidos infantiles, que por otra parte se diluían o se circunscribían a la prensa adulta: páginas para niños, historietas gráficas, dibujos, pasatiempos, etc., pero esta prensa infantil es al mismo tiempo una preparación para la prensa del mundo de los adultos. La existencia de una prensa infantil de masas fue la señal de que una misma estructura industrial predomina en la prensa infantil y la prensa adulta. Estos datos de diferenciación son, sin embargo, elementos de comunicación- al mismo tiempo, el foso existente entre el mundo infantil y el de los adultos tiende a colmarse. La gran prensa para adultos rezuma contenidos infantiles, la invasión de los cómics especialmente, y ha multiplicado el empleo de la

imagen, que resulta inteligible de manera más inmediata para el niño. De este modo la prensa infantil llegó a convertirse en un instrumento de aprendizaje para la cultura de masas.

Se puede decir que la cultura de masas, en su sector infantil, arrastra precozmente al niño dentro del dominio del sector adulto, mientras que ese sector adulto se pone a la altura del niño. ¿Podemos decir que esa cultura fabrica un niño con caracteres preadultos, o un adulto infantilizado? La respuesta a esa pregunta no tiene que ser necesariamente alternativa, porque Heimer va más lejos: el desarrollo ha dejado de existir, el niño es adulto desde que sabe andar y el adulto en principio permanece estacionario. Por lo tanto, la homogeneización de la producción se prolonga en la homogeneización del consumo. Lo cual tiende a atenuar las matizaciones expresivas y a crear un lenguaje claro accesible a todas las edades, a todos los logros culturales o de alfabetización. Y esa homogeneización tiende a fijar-se sobre la determinante juvenil, lo mismo en Norteamérica que en los países de Europa, con todas las consecuencias.

Naturalmente esa determinante juvenil hizo prosperar lo que se ha llamado la civilización de la imagen -estoy siguiendo un hilo desde el momento que empieza todo este proceso al que llegamos ahora-, en esa civilización, por razones de mínimo esfuerzo y también por otras más complicadas, la imagen suele aparecer enfrentada a la palabra, o la palabra como un valor subalterno, en el sentido del slogan que dice que una imagen vale más que mil palabras, que es un slogan muy periodístico. Por mi parte quiero decir lo siguiente: la palabra se representa a la vez en el entendimiento y en la imaginación, y ahí adquiere un sentido y se convierte en hecho de razón, en la simple imagen hay una falsedad formal intrínseca porque en toda carencia hay una falsedad y la imagen por elocuente que sea no se interpreta, no se explica a sí misma. El error proviene de que la imagen es el hecho y las palabras una teoría, cuando lo cierto es que las palabras son capaces de dotar al hecho de lo que la imagen no transmite: la conciencia de hecho.

La imagen no es un modo de pensar los hechos, y sólo el pensar los hechos da a éstos un sentido de certeza más allá del puro fenómeno. Este ha sido el primer cambio fundamental del periodismo, del periodismo que precisamente nació en Europa, que en cierto sentido fue un desprendimiento de la filosofía, pero que en cualquier caso gravitaba sobre el principio del conocimiento. «Formal e informalmente», nos dice Ortega en el principio Leibniz «el conocimiento es siempre contemplación de algo a través de un principio».

Está dejando de ocurrir así en la ciencia de la información, la información conduce muchas veces a la desinformación, pero sobre todo al desconocimiento. Cabe expresar la paradoja de que hoy estamos informados de muchas cosas que desconocemos. Ya Elliot se preguntaba: «¿Dónde está el conocimiento perdido en la información?».

Últimamente se ha hablado mucho de las expresiones tecnológicas foráneas que invaden nuestra lengua, es un gran motivo de preocupación.

Refiriéndonos a la influencia, no ya de las expresiones tecnológicas foráneas, sino a las tecnologías mismas de la comunicación, que con expresión célebre, han pasado a ser el mensaje, un temor es que las nuevas tecnologías puedan destruir, en vez de asumir, la cultura de la galaxia Gutenberg, es decir, la galaxia que ha conformado a Europa, la

galaxia de la imprenta, juzgando el mundo de la informática y la telemática, la galaxia Bowl Newman, que sigue a la galaxia Marconi como ésta siguió a la Gutenberg, es decir, la galaxia de los ordenadores a la galaxia de la radio, como ésta siguió a la galaxia de la imprenta. El propio Mac Luhan dice: «En lugar de evolucionar hacia una inmensa biblioteca de Alejandría, el mundo se ha convertido en un computador exactamente como en un relato de ciencia ficción para niños».

Anteriormente veíamos cómo se iba formando la sicodinámica que nos ha llevado a una infantilización, de la que son muestra los contenidos infantiles encuadrados en la prensa adulta y subsumidos en ella. Y sigue Mac Luhan: «a menos que tomemos conciencia de esa dinámica, entraremos en una fase de pánico que corresponde a un mundo de tambores tribales en una fase de total interdependencia y de coexistencia impuesta desde arriba».

El método de la galaxia Gutenberg, método que ha trazado los rasgos del mundo moderno, es el método del punto de vista fijo, pero el campo simultáneo de las estructuras eléctricas que definen las nuevas tecnologías de la información, nos da el método de ausencia del punto de vista.

La circulación y la organización de la información, para conseguir un método unísono y uniformizado, no se apoyan, curiosamente, en un perfil o método determinado, sino precisamente, en una ausencia que permite adaptarse a cada aspecto de la realidad, insertarse en él y evolucionar a la medida de sus cambios, hasta el punto de que la realidad pase a ser una creación del determinismo tecnológico. Todo esto viene a coincidir con lo expresado ya por Mac Luhan en su famoso libro, esto es, que las nuevas tecnologías no sólo tienen una influencia sobre el entorno de una parte considerable de la humanidad en su conformación de sucesivas galaxias, sino que transmiten su influencia transformadora al interior del ser humano, colectiva e individualmente. Tiene aquí buena aplicación la siguiente cita de Carlos Marx: «La producción crea al consumidor, la producción produce no solamente un objeto para el sujeto, sino también un sujeto para el objeto». Efectivamente, las tecnologías de la comunicación crean al comunicador, de la misma manera que el comunicador crea al público de masas; si advertimos esto, habremos advertido el problema fundamental de la comunicación en todo el panorama europeo, que es lo que ahora nos importa, pero también en todo el mundo.

Recientemente en Madrid, periodistas y teóricos propusieron una revisión desmitificadora de la función que pueden desarrollar los medios de comunicación en la concepción de un espacio común europeo. Paúl Presten, director del Carden Londinense, propuso, con la aceptación general, que tanto los periódicos como los canales de televisión, deben seguir defendiendo con libertad los aspectos plurales de los pueblos de Europa. Y es que podemos pecar de una especie de aldeanismo al revés, es decir, que al querer situarnos a la altura de un espacio común europeo, quedemos expropiados de nuestros caracteres más íntimos, de nuestros pensamientos, sentimientos y creencias, y creo que en una autonomía como la valenciana, que es una importante autonomía, esto debe sonar a conocido. Una pluralización, por decirlo así, o una internacionalización de los hechos diferenciales enfría y desfigura el auténtico espíritu comunitario.

Un profesional del periodismo cuyo proyecto forzoso e inminente es ya el de plantearse su trabajo dentro de un espacio común europeo, debe ser educado a partir de ciertas prevenciones. Llevado el problema hasta sus últimas consecuencias, el periodista tecnológico puede convertirse en un ser abstracto, en un universo abstracto. El destino de tecnología, como el caballero medieval de hierro y privilegio, es como la sustancia activa del mundo que se evaporaba antes de llegar a sus sentidos. Quiero decir, que las nuevas tecnologías empobrecerán las comunicaciones concretas del hombre con su medio vital. El superficial ejemplo de la tele-visión, que debilita la comunicación familiar durante las comidas, fue hace tiempo la primera revelación. Pero en el viejo periodismo, los periodistas siempre estaban allí, en los sitios; ahora no será necesario y no solamente la comunicación con los demás, sino nuestra propia presencia dentro de nosotros mismos se diluirá a fuerza de permanecer siempre en otra parte.

Sin embargo, no soy en esto exactamente impresionista. Para hacer más accesible mi idea, voy a referirme a algo que ya pertenece de lleno a nuestra experiencia: la televisión. En la participación televisiva se filtran a través de la membrana de la pantalla, o la fotografía, ciertas savias culturales o de conocimiento que van a alimentar comunicaciones vividas. Los intercambios afectivos se efectúan sobre películas, estrellas, informaciones o sucesos. Nosotros nos expresamos o conocemos a los demás evocando, conversando y discutiendo sobre lo que se proyecta. Por otra parte, el hombre del ocio no es solamente el hombre televidente, es también el hombre de la vida privada. La fuerza centrípeta del individualismo funciona al mismo tiempo que la fuerza centrífuga de las teleparticipaciones, y exceptuando los casos marginales, ancianos, enfermos, sicópatas, etc., esta fuerza centrípeta estimula la afirmación de uno mismo en la vida real. Es decir, que una de las corrientes esenciales de la teleparticipación, y esto lo extiendo a todas las tecnologías de la comunicación, incita, sin duda alguna, a la vida personal, por eso no sería justo diagnosticar la definitiva y triste victoria de lo anónimo sobre lo personal, de lo abstracto sobre lo concreto y de lo imaginario sobre lo real. Resumiendo, las savias que se filtran a través de las membranas televisivas purgan, y al mismo tiempo riegan, la personalidad y la vida misma del hombre moderno.

Tenemos que ser absolutamente conscientes, los periodistas, pero también el público, de lo que eramos, para bien o para mal, y de lo que vamos a ser, sin re-medio, así mismo para bien o para mal. Tenemos que saber que la creación tiende a su producción y que la forma impuesta por el estilo del ordenador tiende a ser una fórmula.

El enorme esfuerzo de racionalización impuesta por la tecnología lleva además a la extraterrización. Esta le impone al producto periodístico moldes espacio-temporales muy rígidos. Y hoy mismo, y hace tiempo, vemos que los artículos de periódico deben tener, antes de pasar a la confección, una extensión medida y limitada; la duración de las emisiones de radio se miden al minuto; las de televisión al segundo, en la prensa escrita, a causa de la adaptación a las fórmulas, reina la estandarización del estilo literario, hasta el extremo de que los periódicos tienen libros de estilo propios. En fin, esta estandarización conduce necesariamente a la desindividualización.

En relación con éste y refiriéndonos al problema del lenguaje como invención como energía, como creación, ha terminado en los periódicos o está a punto de terminar, en virtud de la unificación de criterios. Como los pilotos de las líneas aéreas regulares, todos tendremos que hablar, que escribir, en un lenguaje tecnológico práctico. Aún

podemos ver en las esquinas de algunas páginas viejos dinosaurios que escriben individualmente, pero sabemos muy bien que el viejo periodismo, el gran periodismo del siglo XIX ha terminado. La industria de los detergentes produce siempre el mismo jabón en polvo, limitándose, de vez en cuando, a cambiar los envoltorios, y la industria periodística llegará cada vez más, debido a la insalvable unificación de criterios, a producir siempre los mismos envoltorios, esto es, el mismo lenguaje, cambiando la información que va dentro. En otras palabras, la creación cultural del periodismo está totalmente integrada en un sistema de producción industrial, y este hecho derivará sus efectos cada vez con mayor intensidad.

Al mismo tiempo el público, estandarizado por la estandarización de los comunicadores, no acepta de grado la individualización extensa del lenguaje, y sin embargo, escribir bien, sea cual fuere la órbita y el espacio en que nos movamos, debiera ser la exigencia máxima del periodismo. En cuanto al periodismo, es utilizar un lenguaje claro y preciso, para decir exactamente lo que se quiere decir, pedir a las palabras su acto más humilde, su acento más fácil, sin medir, falsear u oscurecer el hecho que transmitimos. El escribir bien no tiene por que ser el ejercicio de un éxtasis. Quien haya entrado en un periódico a la mitad de los años 50. que fue cuando yo entré por primera vez y entrase ahora otra vez, no reconocería nada. Cuando yo entré en ABC aún se escribía con plumilla, mojando en el tintero, y toda la tecnología de la sala de redacción eran dos máquinas de escribir. Ahora más del 50 del aparato de un periódico es tecnología eléctrica, hay computadoras, la informática se utiliza todos los días, y existen transmisores de rayos láser. Antes había platina, había cajistas, periodistas, regentes y correctores; la fidelidad de los textos, incluso su originalidad o novedad, estaba encomendada a hombres expertos.

Quiero referir una historia: hace unas semanas, la corresponsal en Dinamarca de un periódico de Madrid, daba noticia de una representación de Hamlet en el castillo de Sinor por la noche a cielo descubierto, decía la corresponsal que en el momento que Hamlet comenzaba su célebre monólogo «ser o no ser», estalló un trueno natural seguido de un relámpago formidable, decía textualmente, y calificaba el efecto de admirable y yo pensé: «Y tan admirable, como que es la primera vez que el trueno va delante del relámpago». Pues bien, ese texto erróneo llegó desde Dinamarca a caballo de una gran tecnología, y en Madrid fue elaborado tecnológicamente y tecnológicamente fue arrojado a la circulación. Eso no hubiera pasado hace 20 ó 30 años, porque lo hubiera leído un regente, o el corrector de pruebas, o un estilista.

Los errores humanos adquieren ahora naturaleza tecnológica. Si ustedes introducen en una computadora el dato de que dos más dos son cinco y hacen funcionar la máquina, la tecnología no escupe el error, sino que construye un sistema lógico, tecnológico, donde el error se perpetúa con seguridad y precisión.

Es necesario tener en cuenta esto, podemos decir que estamos viviendo a fondo una época de transición, dos civilizaciones, y que el hombre no domina aún los nuevos medios. La producción industrial, por el contrario, domina hasta cierto punto las intenciones humanas, que pasan a ser un mero contexto de aquellos medios, y esto es así, entre otras razones, porque las nuevas tecnologías, las de la informática especialmente, actúan cada vez más como un cerebro humano, pero con la fatalidad mecánica que ya no es propia de nuestro cerebro. Es cierto que la uniformización y empobrecimiento del lenguaje que supura caóticamente funciones y disfunciones

tecnológicas, por decirlo de esta manera, porque la tecnología entra en la psicología del comunicador, del periodista, y esto aunque escriba con bolígrafo, arroja la sensación de que ese lenguaje no superará jamás en capacidad de expresión a los lenguajes naturales. Pero lo que no podremos de ningún modo es negar los medios, sino procurar que el periodista disponga por completo de ellos y no que esos medios dispongan del periodista. Y es necesario decir esto, porque el desafío que significa Europa para el periodista español es, en primera instancia, tecnológico, para el periodista de la prensa escrita, para el periodista de la radio y para el periodista de la televisión. Progresivamente, y desde ahora, la tecnología y su uso, son la condición o una de las primeras condiciones del profesional del periodismo.

Cuando hablaba antes de un cambio de civilización no estaba exagerando en absoluto. En cuestiones de transmisión estamos en la era de los satélites. Sin duda alguna, nos encontramos en vísperas de grandes cambios, no sólo en las estructuras de la comunicación, sino en lo que toca a los efectos internacionales del más penetrante medio de información masiva, que es la televisión. Por ejemplo, los satélites de la radiodifusión directa, que no tardarán más de dos años en funcionar, permitirán, aún tomando en cuenta las diferencias culturales, las barreras del idioma y el alto costo del servicio, una invasión, sin cortapisa alguna, de los mercados internos tradicionales. Con un satélite de radiodifusión directa, todos podremos ser vecinos de todos, con todo lo que ello implica: enriquecerse, influirse e irritarse mutuamente también. Todo esto tendrá una gran repercusión social e internacional y abrirá el camino, cuando menos técnicamente, para el intercambio de valores, de informaciones y de propaganda, con una repercusión inigualable, y todo esto va a ocurrir en Europa y muy pronto.

Por otra parte, la factibilidad del acceso no regulado a la televisión, plantea problemas jurídicos, políticos y económicos mucho más profundos que los suscitados hasta ahora por las comunicaciones. Solamente la nueva genética plantea problemas de tal envergadura, aunque por supuesto en otro plano. Pero en cuanto al mundo de la comunicación parece que los funcionarios gubernamentales y también las empresas, no se han dado cuenta de lo que se avecina. En España estamos hablando y polemizando sobre la televisión privada y en función de ello se tratan de erigir industrias de alta tecnología, pensando en los cauces tradicionales de beneficio, cuando cualquier ciudadano, dentro de poco, y en cualquier lugar de España y de Europa, podrá recibir información y publicidad por todos los canales y sin regulación posible. David Lester, miembro del consejo de administración de la BBC, ha escrito que muy pocos gobiernos parecen haber reflexionado sobre este asunto. Aún entre los contados que lo han abordado con seriedad hay una desalentadora mezcla de motivos en lo que se anuncia como política de comunicaciones.

En España es evidente; en mi parecer creo que no debíamos engañarnos románticamente con lo que es técnicamente posible, y fijarnos más bien en lo que puede ser económicamente sensato y políticamente aceptable. Haciendo una reflexión, las cosas son cada vez más nuevas, mientras que las ideas parecen cada vez más viejas.

Yo no dudo de los efectos positivos de una intercomunicación plena en el espacio común europeo. Sin duda a Siena le preocupó el impacto cultural de Florencia en tiempos del renacimiento, pero ahora sabemos que aquella fue una interacción plena de creatividad y confianza; sin embargo, para referirme a un temor expresado antes, el peligro de la multiplicación irreflexiva de las opciones de la televisión puede

homogeneizar los rasgos, los caracteres locales y acabar por extinguirlos. Esto es el panorama que tenemos delante, el panorama al que estamos abocados.

Nuestra integración en Europa significa mucho más que un problema económico, es nada menos que la integración en un nuevo proyecto de existencia.

Muchas veces se dice que España no debe perder o no debe quedarse atrás en la carrera tecnológica y pienso que eso está bien, pero que sobre todo no debemos perder la carrera del individuo. Jean Françoise Revel, en un artículo de Le Point escribe: «En las necesidades humanas, la realidad primera y última, el punto de partida y el punto de llegada de todas las cosas es el individuo». Tal vez, el redescubrimiento, incluso la reconquista que se debe a ese movimiento de ideas, se llamará algún día revolución neoliberal de los años 80. La unidad económica, la unidad política posible de Europa, la unidad de las comunicaciones debido a la unidad tecnológica, no puede derivar en un conglomerado, en un ser colectivo superior y dominador del individuo, el cual tiene sentido por sí mismo y no sólo dentro del ser colectivo, como piensan los escolásticos del marxismo y del estructuralismo.

La idea salvadora es, como siempre en Europa, la del humanismo; el humanismo es la creación suprema de Europa. Entonces, ante el mundo que se acerca cargado de valores positivos pero que pueden torcerse, es fundamental una teoría de la educación que pueda crear profesionales capaces de usar la tecnología, pero también con autonomía suficiente para no ser usados por ella.

La urgencia de poseer conocimientos específicos y muy especializados es uno de los dramas del individuo, como ya señaló Ortega, porque el individuo se aleja cada vez más del modelo del homo universalis y del Renacimiento. Si Ortega llamaba barbarie a la especialización fue porque se dio cuenta que el especialista acumula porciones enormes de no sapiencia, ya que ignora mucho más de lo que sabe. Se pone hoy en la enseñanza de profesionales un excesivo énfasis en lo estrictamente práctico, a expensas de una perspectiva de alcance más amplio y más largo. Por eso las diferencias entre capacitación y educación se tornan difusas. Por supuesto, las Universidades capacitan y educan, ambas actividades no son mutua-mente excluyentes, pero tampoco son la misma cosa. La capacitación tiende a ser transitoria, la educación es más permanente, la capacitación nos prepara para hacer algo, la educación nos ayuda a entender el significado de lo que hacemos, la capacitación nos prepara para conseguir un empleo, la educación nos ayuda a prepararnos para vivir una vida inteligente y bien informada. Aún así, las presiones de la especialización, que en último término son las presiones del mercado laboral, pueden ser muy grandes; lo son tanto, de hecho, que la tentación de adoptar el punto de vista exclusivamente práctico puede llegar a ser abrumadora, y es justamente entonces cuando dejamos de tener un punto de vista.

Fue precisamente Mac Luhan, en «La Galaxia Gutenberg», el que se refirió, al hablar de las nuevas tecnologías de los ordenadores, a la civilización del no punto de vista a la que me refería al principio. La conclusión última de esa civilización sería la interdependencia mecánica, como dice el propio Mac Luhan, el dominio desde arriba sobre todo. En la enseñanza, en todos sus grados, es necesario combinar la teoría y la práctica, la abstracción y la utilidad, ya que las distintas unidades didácticas, apiladas como bloques de construcción, sirven de base a la vida real y a la existencia cotidiana.

La antitesis entre la educación técnica y la humanística, o para ser más precisos, entre la capacitación y la educación es una falacia. No puede existir una educación técnica adecuada que no sea humanística, ni educación humanística que no sea técnica, es decir, no hay educación si no se imparte tanto una visión técnica como una visión intelectual. Raimond Roister, profesor de periodismo y relaciones públicas de la Universidad de Carolina del Norte, ha escrito: «No le tengo grima a la especialización, respeto la pericia auténtica en cualquier campo, desde la carpintería a las computadoras, sin embargo conozco médicos, muy competentes por cierto, a quienes no se les podría llamar educados bajo ningún criterio». Lo mismo sucede con abogados, ingenieros o maestros en administración de empresas, y ni que decir tiene, los periodistas. Por su parte, Alan Nister, profesor norteamericano, ha escrito recientemente: «En el decenio pasado fue en aumento el número de estudiantes, en enseñanza media, que optaron por las disciplinas profesionales y aplicadas en lugar de los estudios de humanidades. Esta tendencia preocupa a muchos educadores, los cuales lamentan las graves consecuencias de esto para la sociedad en conjunto».

Ahora bien, para seguir mis propias ideas, no quiero encerrarme en la torre de marfil, esto es, no quiero hablar únicamente en abstracto. Hay un tema fluente a los problemas que aquí he tratado. La situación de Norteamérica como la de varios países de Europa, es notoriamente distinta a la española, me refiero concreta-mente al paro. El paro en España afecta fundamentalmente a la juventud, a los menores de 25 años, con una tasa media de paro del 48% frente a la media general del 21'7%. Entre los 16 y 19 años la tasa se eleva al 56%, o sea, el 51% de todos los parados tenían menos de 25 años en 1984, fecha de la que proceden estas cifras, que tomo del magnífico estudio, que acaba de aparecer del ex-ministro y profesor Luis Gamir, sobre el paro y la crisis en España. Naturalmente, una estructura de paro de esa índole produce efectos generaciones muy específicos. Tal situación, dibuja una sociedad en la que los jóvenes, la mayoría de ellos, más que seguir una vocación para la que probablemente no tendrán acomodo, siguen una oportunidad: cualquier empleo lucrativo sirve y es mejor, aunque no satisfaga la vocación, que la desoladora condena al paro. Esa modulación social forzada lleva al caos que conocemos, que sería pintoresco si no fuese trágico: abogados que cobran recibos, médicos que se hacen periodistas, periodistas que se dedican a la publicidad o relaciones públicas, si no a otra cosa y por ahí se vive. No sólo no hay tiempo para una auténtica capacitación, sino que tampoco lo hay para una auténtica educación. En una situación de paro tan grande y tan endémica, se toma lo que se encuentra, coincida o no con nuestra vocación, con nuestros dotes, con nuestros gustos. Lógicamente, el rendimiento y el índice global de productividad desciende por una general desgana a hacer lo que no haríamos en circunstancias más favorables. Yo creo que muchos periodistas estarían aquí en otra estructura, si no tuviesen que trabajar constantemente para ganar un poco más, etc. etc.

A la hora de enfrentar al periodista con el desafío europeo, no podemos olvidar este detalle. Se trata de un tema fluente, un hecho que modifica sustancial-mente la toma de posición ante el mercado laboral, donde la demanda centuplica la oferta. En esas condiciones, la obsesión por el empleo obtura la conveniencia de ejercerlo bien.

Pero en cualquier caso, cuanto he dicho es válido, y en conclusión, no he pretendido otra cosa que acentuar las líneas generales de los grandes problemas de la comunicación, a los que no podremos sustraernos. La esperanza y el temor se juntan en esta gran encrucijada de finales del siglo, en que el individuo no debe ser sacrificado a

la tecnología, pero sobre todo, al integrarnos en Europa, en ese nuevo proyecto de existencia, esa especie de aparente antítesis entre español y el resto del mundo, antítesis de la que trataron de convencernos mediante una diferencia inexistente y de la que se inducía una doctrina de la renunciación, desaparecerá. Desaparecerá cuando sintamos realmente un decidido y genuino interés por personas y por cosas ajenas, aparte del interés por nosotros mismos. Nos sentiremos parte de la corriente de la vida de Europa, no una entidad dura y separada como una bola de billar, que sólo puede tener relación con las demás mediante el choque. Si logramos la integración en ese sentido será una espléndida suerte.